

# BIBLIOTECA CANARIA

POETAS ISLEÑOS

---

## DOMINGO J. MANRIQUE

Ensayo sobre la poesía del inspirado vate

POR

SÉBASTIAN PADRON ACOSTA



ESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife.

ST  
BIG  
019



**DOMINGO J. MANRIQUE**

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA	
Nº Documento.....	390067
Nº Copia.....	370967

**POETAS ISLEÑOS**

**DOMINGO J. MANRIQUE**

**Ensayo sobre la poesía del inspirado vate**

**POR**

**SEBASTIAN PADRON ACOSTA**

**LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)**

**Santa Cruz de Tenerife**

Recoger la esencia del alma de un poeta, esencia partida en fragmentos dispersos, es labor harto difícil. Y si el poeta era uno de nuestros amigos, y su tumba está recién abierta, la labor se hace no sólo difícil, sino además dolorosa. La emoción estremeca la mano que guía la pluma; y el llanto, que nubla nuestras pupilas, acaso entenebrezca la severa faz de la crítica, porque el amor y el odio—como escribió Pascal— cambian la justicia.

Recoger esa esencia incólume, íntegra, idéntica a sí misma, acción es casi tan difícil como la de encerrar en un ánfora el desparramado perfume de un crepúsculo estival.

X

El insigne catedrático Valbuena Prat, au-

tor de una maravillosa síntesis crítica del Teatro español, durante su estancia, desgraciadamente fugaz, en nuestra Universidad de San Fernando, nos dispensó el honor de fijar su sagacidad de crítico sobre la poesía canaria, concretando sus valoraciones estéticas en un interesantísimo estudio titulado «Algunos aspectos de la moderna poesía canaria».

Cuando el ilustre catedrático, en este trabajo, entra de lleno en el objeto de su investigación, dice:

«La formación de una escuela o grupo de poetas canarios es de fecha reciente. Los escritores insulares anteriores a este movimiento o son figuras aisladas sin influjo alguno sobre sus contemporáneos, o no revelan rasgos peculiares que puedan achacarse a su origen insular. Por eso prescindiremos de las figuras de Cairasco de Figueroa, el prosista Clavijo, los Iriarte, etc., en las que si hay algo regional está oculto o no logrado. Desde el siglo XIX se forma la verdadera escuela de poetas canarios. Podrían señalarse los siguientes momentos: el del post-romanticismo, con Zerolo y Tabares Bartlet, el autor de «Trompos y Cometas», de una modesta pero loable labor regional; el de la influencia de Campoamor, Becquer, etc., Guillermo Peré-

ra, Domingo J. Manrique; posteriormente tienen acaso algún entronque con estos poetas José Hernández Amador y Ramón Gil Rolán; el de los precursores de las nuevas tendencias como Luis Doreste, Saulo Torón y el primer aspecto de la obra de Luis Rodríguez Figueroa; aquí—aunque aparte, hay que incluir a Domingo Rivero, clasicista, vigoroso, unamunescos, íntimo—, recordemos el fuerte y hondo soneto: «Yo, a mi cuerpo».

Valbuena Prat incluyó, pues, a Domingo Manrique en el segundo momento de la escuela.

Desgraciadamente, Valbuena Prat no nos dejó un detenido juicio acerca del poeta, que es objeto de estos apuntes. Sólo en el «Apéndice» a su obra, dice que la tradición de Manrique, «El Mencey de Abona», contiene «hermosas descripciones de paisaje». El crítico de nuestra poesía moderna se dedica en su trabajo a estudiar con extensión otros poetas, a Tomás Morales, Torón, Fernando González, Domingo Rivero, etc. Y en el mencionado «Apéndice» consiguió valiosos juicios sobre poetas tinerfeños, como Zerolo, y sobre todo Tabares Bartlet, que es acaso el poeta más nuestro.

Intento en estas páginas desdoblar algunas

de las facetas más interesantes de la poesía de Domingo J. Manrique, faceta que concretaré en los siguientes puntos: Primero: «La emoción de la tierra». Segundo: «El paisaje canario». Tercero: «El sentido lagunero». Cuarto: «Elogios». Quinto: «Elemento religioso». Sexto: «La nota melancólica». Séptimo: «El sentido de la galantería».

## 1.º LA EMOCION DE LA TIERRA

La emoción de la tierra canaria fué la nota primordial de la poesía, hondamente lírica de nuestro vate. El amor del terruño arrancó a su lira las más delicadas notas. La visión del terruño se despegaba blandamente, por los alabastros pulidos de sus estrofas. El afecto de la tierra latía en lo profundo de su corazón. Acaso por esto una de sus poesías mejor logradas es «El Arrorró», en el que el poeta ve simbolizada la tierra canaria. «El arrorró es un pebetero de finísimas ternuras».

«El Arrorró» es su composición de más intenso espíritu regional. Y sobre el tema de esta poesía no se ha escrito nada semejante; abismo de sentimiento, y perfección de forma.

«El Arrorró» es la poesía que consagra a Manrique como un gran poeta lírico, dentro de la lírica canaria. He aquí tres estrofas de las seis que integran la poesía «El Arrorró»:

«Guardo muchas canciones en la memoria,  
pero en el alma llevo tan sólo una:  
aquella cuyas notas suenan a gloria,  
la que cantó mi madre junto a mi cuna.

... ..

Arrorró de mi tierra, sencillo y blando,  
lleno de dulce y vaga melancolía,  
Quien no te ha oído vive ignorando  
de los grandes amores la poesía.

... ..

Canción incomparable, toda dulzura,  
canción de mis recuerdos, tierna y vehemente,  
cada vez que te escucho se me figura  
que una ola de besos baña mi frente».

¡Decidme si habéis leído en algún poeta canario ternura igual!

Las más caras emociones del poeta vibran en esta poesía, donde suceden los versos como espumas que se desperezan sobre «rubias arenas».

A este aspecto de la obra de Manrique pertenece también el soneto «Las Folías», ver-

sos de interesante contenido descriptivo, tema este de las folías cultivado por los poetas del primero y segundo momento. Lo más bello del soneto «Las Folías», son los tercetos:

«Bajo el milagro de la luz dorada  
mientras del baile la sutil madeja  
devana a su placer cada pareja  
al delicado ritmo encadenada,  
se oye la copla dulce, apasionada,  
tierna y sentimental como una queja».

Debía de incluir también aquí «El Mencey de Abona», pero lo analizaremos en el siguiente apartado, por razones que luego se verán.

## 2.º EL PAISAJE CANARIO

El paisaje canario que nace en el siglo XVI en Cairasco de Figueroa y que en el XVII se viste de lozanía en el Bachiller Antonio de Viana y que más tarde, cuajado de luz, queda prendido en la malla sutil de unos inmortales versos de Nicolás Estévez, es nota-

blemente cultivado por algunos poetas canarios modernos.

Este tema del paisaje se desenvuelve con acierto en dos poetas: Antonio Zerolo y José Tabares Bartlet (primer momento). Sobre todo Tabares Bartlet. Un insigne crítico ha escrito de «Zebenzuí», esto: «Es una de las poesías más inspiradas en que se nota ya plenamente la sensación del paisaje canario. En esta poesía «se expresan motivos de ambiente y emoción de la tierra y costumbres canarias con un vigor no superado».

Los poetas Guillermo Perera y Alvarez y Domingo Juan Manrique continúan el tema del paisaje. (Segundo momento).

Casi toda la poesía de Manrique ostenta la nota descriptiva. La noche del 12 de septiembre de 1919 se da a conocer en el teatro Leal, de La Laguna, una obra lograda del poeta, «El Mencey de Abona», que es la floración más vigorosa y fuerte de su autor. El tema de esta leyenda es: «El Mencey de Abona, Adjoña, se disfraza de pastor, para salvar a un pastor del Menceyato de Adeje, condenado a muerte por haber matado «a uno de los canes más fieles y estimados que del Mencey de Abona guardaba los ganados». Y lo consiguió. «El Mencey de Abona» está escrito en

versos alejandrinos y de quince sílabas, que se agrupan en pareados. Se narra en esta leyenda una bellísima acción, que pone de relieve la nobleza de alma de nuestros aborígenes.

Esta leyenda es una de las obras en que más se exalta el numen de nuestro vate. Palpita en ella un dramatismo intenso; hay allí rumor de selva virgen. Y a veces pensamos, leyéndola, en Zorrilla. Es de un vigor descriptivo admirable la pintura que el poeta hace del Tagóror que «parece una magnolia en flor».

La facultad descriptiva de Manrique se deleita en los trazos fuertes, logrados, con que pone ante nuestros ojos la figura de Adfoña:

«Hallábase cubierta de polvo y de sudor  
señales de una larga y agitada carrera,  
el haico desceñido, suelta la cabellera;  
reservaba el incógnito, su enérgico semblante  
recatábase a medias tras el pelo ondulante  
de una barba supuesta; su mirar expresivo  
y su porte, emanaban ese orgullo nativo  
y ese caudal ingénico de noble bizarría  
que despierta en las almas respeto y simpatía;  
sus miembros asomando bajo la urdimbre ruda  
del plebeyo sayal, causaban una muda

admiración; el busto delicado y esbelto  
las curvas vigorosas, el ademán resuelto,  
era todo un esbelto y aguerrido doncel;  
una escultura griega envuelta en tosca piel».

La emoción del poeta ante el paisaje canario se sublimiza, sube de punto, llega a la plenitud artística, en los siguientes pareados:

«El día es todo luz, el paisaje un encanto:  
lejanías azules con franjas de amaranto;  
junto a las suaves lomas las montañas hirsutas  
tendiendo en los abismos las rampas de sus grutas  
palmeras que recortan sobre un cielo ideal  
sus gallardas siluetas de altivez oriental;  
precipicios cubiertos de floridos zarzales;  
bosques enmarañados, frescor de manantiales;  
nubes que se desgarran y en las simas sepultan  
sus fragmentos de armiño que ruedan y se ocultan  
tras el polvo de oro que avientan los rebaños;  
valles donde resuenan mil sonidos extraños;  
blancas gaviotas que abren en fondos de arrebol  
los palios de sus alas a la gloria del sol;  
el gigantesco Teide que surge entre las brumas  
y el mar que pone al cuadro cinturones de espu-  
(mas)

Vigor, línea, coloridõ. Aquí la capacidad descriptiva de Manrique llega a la plenitud de su madurez artística, aunque en esta descripción, más de tendencia geométrica que pictórica, no predomine el carácter detallista que el paisaje canario adquiere en la poesía de Tabares Bartlet. Es un paisaje, el de estos pareados, abstracto, con la abstracción que aquí cabe.

### 3.º EL SENTIDO LAGUNERO

Manrique no había nacido en La Laguna, pero la amaba con intensa piedad filial. Ningún poeta la ha cantado con tantos primores como él. El amor que tenía a La Laguna era como el de un pintor que estuviere perdidamente enamorado de su novia y nunca se cansase de pintarla repetidas veces en diversos lienzos plasmando en cada nuevo cuadro una nueva maravilla.

Los ojos de Manrique, como los del pintor imaginado, cuanto más contemplaban La Laguna, más gracia nueva descubrían en ella. Esto es lo que realizaba el poeta en los versos que llamo de sentido lagunero.

Es un aspecto interesante de su poesía. Dentro de lo universal—perdonad la paradoja—de la emoción de la tierra, el sentido lagunero representa lo particular. Se desenvuelve en lo que pudiéramos llamar estampas parciales de La Laguna, acuarelas literarias, apuntes laguneros en verso. La Laguna fué uno de los temas predilectos de la musa de don Domingo. En un certamen celebrado en esta ciudad, el 28 de octubre de 1900, fué premiada su poesía «Aguere». La Laguna ha sido tema de nuestros poetas. Zerolo, que el 7 de junio de 1881 dió a conocer unos versos suyos premiados, que son el mejor canto a nuestro Valle de la Orotava, es uno de los cultivadores de este tema.

El sentido lagunero de Manrique se desarrolla en multitud de sonetos de versos endecasílabos, alejandrinos, de quince sílabas. Hay una característica en estos apuntes: la sobriedad. No churriguerismo, sino helenismo. Busca el poeta la exactitud de la nota localista; capta la integridad del motivo. No abigarramiento de líneas, ni recargamiento de colores, sino la emoción temblorosa, llana, pero exacta. Pincelada suave, grácil, alada. Lo interno más que lo externo, aunque paradójico parezca, tratándose de una

acuarela. Y en estos apuntes sueltos, campea la intimidad de la poesía de Manrique, de que hablé en otra ocasión.

El soneto «Primavera» es uno de esos apuntes laguneros, aunque el vate no lo diga en sus versos. En aquel soneto está La Laguna envuelta en perfumes, que se reclina sobre un lecho de flores, y que sonrío bajo «doses de mariposas».

He aquí el segundo cuarteto:

«La tierra está de gala; en los alcores  
hay doses de blancas mariposas,  
y en las sendas mullidas y aromosas  
arcos triunfales y explosión de flores».

El broche áureo del soneto, es:

«hay efluvios de dicha en el ambiente,  
un madrigal de luz en cada fuente  
y un idilio de amor en cada rama».

Otro apunte es «Invierno». La Laguna invernal, a pesar de que tampoco lo expresa el poeta. De «Invierno» son estos endecasílabos iniciales:

«Fingen las nubes lóbregos tapices  
que obscurecen la vega humedecida;  
el viento azota, el agua entumecida  
bulle, turbia, entre guijos y raíces.»

No se puede dar una pintura más exacta en tan corto número de versos.

El sentido lagunero del poeta tiene un momento intenso, acentuado, goyesco. Este es el que plasma en el soneto «La entrada del Cristo». El vate, en los tercetos de esta composición se expresa así:

«Y súbito millares de rojas serpentinas  
estallan fragorosas en ígneos surtidores;  
la plaza es un incendio, volcanes las colinas,  
y entre nubes de púrpura coronado de espina  
surge Jesús abriendo sus brazos redentores  
a todas las angustias, a todos los dolores.»

Todo el soneto está encendido de intenso color y apuñalado por un desgarramiento religioso. Música y color a lo Don Luis de Góngora, pero el Don Luis de la «fiesta de cañas y toros en la plaza de Valladolid».

Tras los alejandrinos de esta poesía se siente a la ciudad que religiosa y enfebrecida, suspende su algazara, para arrodillarse ante Cristo y se percibe el incendio artificial de los espacios, por cuya cóncava inmensidad, retumban los truenos de los «morteros» y donde se abren las rosas de luz de los cohetes que semejan flores de lis con alas.

Otro apunte—y este es el último que cito—; porque no precisa enumerarlos todos, es «Ante la estatua de Tabares Bartlet». Aquí, acariciado por las fragancias, surge el simpático y bello rincón lagunero: «Plaza de la Junta Suprema».

«En el risueño vértice de espléndida alameda  
elévase la estatua del poeta glorioso,  
erguido y firme el busto de perfil armonioso  
y alta la noble frente, como él la llevó en vida.

Hoy visité aquel busto; de perfumes henchida  
bañóme el aura; en torno del jardín rumoroso  
unos gráciles niños en bando bullicioso  
rasgaban el silencio de la tarde dormida.

Parecióme en el regio crepúsculo amarillo  
que incendiaba el brillante mármol del pedestal  
ver surgir del maestro el espíritu sencillo,

hecho luz y fragancia, y que en cada rosal,  
rimando con las voces del infantil corrillo,  
un verso florecía de su musa inmortal.

El tema de La Laguna aparece en poetas canarios modernos. Aparece en Antonio Zerolo, quien dejó sobre el tema de La Laguna otoñal una estampa definitiva. («Ya La Laguna triste y solitaria,» etc.) y que deseaba morir en La Laguna y que arrullasen su sue-

ño los pinos de la montaña y el mar Atlántico, que meció su cuna.

Aparece en el mismo Manuel Verdugo, vate cosmopolita, en quien existe poco elemento regional, pero que es egregio maestro de la poesía moderna española. Este momento regional lagunero de Verdugo, es la composición «La Cruz de Piedra». Aparece inicialmente en el primer momento de Francisco Izquierdo: en «Medalla de otros tiempos». Y se desenvuelve con profusión en el segundo momento de este admirable poeta tema que da, sin acaso el autor sospecharlo, título a su segundo libro: «Medallas». El tema en esta segunda época de Izquierdo, se vuelve agrio, áspero, seco, a lo Pío Baroja, de quien trata el penúltimo soneto de los 49 de que consta todo el libro. Un escepticismo sombrío, agresivo, aletea en el tema en esta época del vate. Pero las «Medallas» son magistrales. «La Laguna, ciudad de los verdoles» y «El Palacio de los Navas» acaso sean las mejores «Medallas» que sobre el motivo lagunero, tan fecundo en nuestros modernos poetas canarios, brotaron del arpa de Izquierdo.

En la poesía de Domingo Manrique, el tema de La Laguna es optimista, risueño, amable, sugestivo como el ensueño de una tarde

primaveral en la vega lagunera. Está envuelto en una luminosidad que seduce. La misma Laguna ventosa, crucificada de frío y de bruma, del soneto «Invierno», atrae plácidamente.

La transparencia es una de las cualidades de los versos de este inspirado poeta. Transparencia que heredó de Becquer. Manrique bruñe sus versos con la tersura de Núñez de Arce. Y su palabra es esclava de su pensamiento.

#### 4.º ELOGIOS

Su finura espiritual floreció en los elogios tributados a los claros varones de la Patria, que pusieron la ofrenda de sus acciones sobre el altar de la tierra tinerfeña. Ante ellos, el poeta quema el ritual incienso de versos rotivos, que subieron a posarse sobre las cabezas sublimadas. Y ahí ascendió el sacramental aroma del elogio, en alas de los versos, a besar la frente de los Nava Grimón, de Antonio Zerolo y Herrera, de José Tabares Bartlet y de Patricio Estévez y Murphy. Así canta el vate en un soneto a Zerolo:

«Tú, que pulsaste el arpa de los celestes coros,  
y qué en tu corazón y que en tu mente inquieta  
del sentir y el pensar depuraste los oros;  
permíteme que, en culto al genio y al poeta  
coloque, reverente, esta humilde violeta  
junto á las rosas cálidas de tus versos sonoros».

## 5.º ELEMENTO RELIGIOSO

La tortura metafísica, trágica y desesperada en la figura gloriosa de don Miguel de Unamuno, no ensombreció el espíritu de Manrique. Las alas de la fe le libertaron de este abismo interior. Así se deduce de un tríptico del vate, premiado con la Flor Natural en unos Juegos Florales celebrados en la villa de Valverde el 12 de Junio de 1922.

El tríptico se titula «Fe, Esperanza y Caridad». De estos tres sonetos decía el «acta del Jurado»: «Son tres composiciones admirables, modelos de corrección, de belleza, conceptuosas e inspiradas en la más pura moral cristiana». «Fe, Esperanza y Caridad», son el índice de la fe religiosa del poeta. Son como tres piedras preciosas de nuestro cielo

lirico, magníficos diamantes engarzados en el hilo de oro de musicales endecasílabos.

Domingo Juan Manrique, dirigiéndose al incrédulo, en el soneto «Fe», le arroja estos versos:

«Sacude la obsesión de tus sentidos,  
la torpe ceguedad de tu alma ruda,  
vuelve al cielo los ojos y prendidos  
mira en el manto de la noche muda  
a millones los mundos encendidos  
rasgando las tinieblas de la duda».

Y en el que lleva por título «Esperanza»  
deja una vibración íntima de su espíritu,  
cuando exclama:

«Por cima de la pena abrumadora,  
firme y piadoso tu alentar nos guía,  
por eso vive y canta el alma mía  
siempre esperando una feliz aurora;  
también el ruiñeñor cantando llora  
mientras espera el sol del nuevo día.»

## 6.º LA NOTA MELANCOLICA

En Guillermo Perera, la nota melancólica surge fuerte, acentuada, acaso envolvién-

do sus versos en una doliente monotonía. En la musa de Manrique no sucede así. Esa nota existe, pero es menester buscarla a través de las estrofas porque está como escondida. Es una pincelada suave, casi borrosa que se esfuma. Un pólen sutil, una tinta diluída. «Una dulce y vaga melancolía», como canta el poeta en «Arrorró». A través de esta tristeza del vate se adivina la sombra de Becquer, que pasó por allí. Duerme esta «dulce y vaga melancolía», en «Los ojos de Marisa» (composición premiada en 1918), en «Esperanza», en «Caridad», y en un bello romance dedicado a don Rogelio Francés, con motivo de enviar a éste el poeta la leyenda «El Mencey de Abona».

## 7.º EL SENTIDO DE GALANTERIA

El insigne prosista José Enrique Rodó, en su libro «Hombres de América», donde nos da una enérgica visión de la obra de Rubén Darío, dice que la poesía de éste puede simbolizarse en el cisne, «ave favorita» del poeta nicaragüense. (Léase «El Cisne», «Los Cisnes» y «Blasón»),

Acaso contagiado por este afán simbolista de Rodó, veo simbolizada la obra de Manrique en la mariposa. (El vate canario en una de sus poesías, habla de «doseses de blancas mariposas», y en otra dice que sus alumnas acudían a clase «presurosas cual rauda tropel de mariposas». Véase el «Mencey de Abona», con razón seleccionada por Verdugo para su «Antología de Poetas Canarios contemporáneos», inédita, y el soneto que acaricia el album de la aristocrática y bella señorita María Peraza de Ayala.)

Y digo que el símbolo de los versos de Manrique, es la mariposa, porque suaves, gráciles, rientes, bellamente geométricos, como alas de mariposas, son sus versos.

Una característica del poeta estudiado, acaso la más acusada, es la delicadeza, la exquisitez. No llega esta delicadeza al preciosismo, porque la austeridad artística del poeta le pone diques. Acaso formados en esta escuela de delicadeza de la poesía de Manrique, pero dando rumbo nuevo, tal vez nueva técnica a esta exquisitez, nacen dos mágicos poetas actuales: José Manuel Guimerá y Pedro Pinto de la Rosa. El gran poeta Francisco Izquierdo es cosa aparte. La obra de éste es admirable y puede dividirse en dos

mōmentos, marcados por la aparición de «Alta Plática» (1915) y «Medallas» (1925). Ni el influjo de Núñez de Arce en la poesía de Tabares Bartlet, ni la influencia de Zorrilla y Quintana y Herrera en la poesía de Zerolo; ni el influjo que en el primer momento de Francisco Izquierdo ejercen los versos de José María Gabriel y Galán (compárese «El Ama» y «Mi Padre»); ni el influjo de Santos Chocano, Guerra Junqueiro y Espronceda en la musa altiva, con casco guerrero, de Rodríguez Figueroa; ni la influencia de «Estelas», del maravilloso cantor de Alcibiades, sobre el interesante libro «Senderos», de Luis Alvarez Cruz, ni la influencia señalada por Valbuena Prat, de poesías de Antonio Machado en la obra valiosa de Fernando González, «el poeta de la familia del amor fraterno», cuya personalidad ha ido evolucionando a través de libros como «Las canciones del Alba», «Manantiales en ruta» y «Hogueras en la montaña», y que supo crear «La última noche del niño enfermo», verdadera «obra maestra», poesía cabal que basta de suyo para inmortalizar al querido y admirado poeta y docto catedrático Fernando, disminuyen el valor de la obra de

éstos artistas. Pero volvamos a nuestro propósito.

El primor, la exquisitez, esta gracia lírica, que ríe en los versos de Domingo J. Manrique, está espléndidamente difundida en las composiciones de corte galante.

Ha sido Manrique el poeta canario que con más asiduidad y mejor perfección ha cultivado los versos de «sentido de galantería», incluyendo al mismo Tabares Bartlet, de cuyo soneto «A Josefina Ascanio» dijo el eminente Valbuena Prat, que nadie antes del modernismo, ni aún López de Ayala, superó este bello «sentido de galantería». Yo me atrevo a decir que en esto, Manrique es superior a Tabares Bartlet.

Los versos de Manrique acerca de este tema, están dispersos en multitud de albums en poder de distinguidas damas.

En la poesía de corte galante, Manrique vive de nuevo sus años juveniles. Un dulce retorno al «Divino Tesoro».

La gracia sutil, el piropo aristocrático, el discreto galante, el elogio a la femenina belleza de una boca, de unos ojos, de una risa, de una cabellera, el atavío de una frase enamorada de romántico trovador, un suspiro de madrigal, son motivos de los versos de

tendencia galante en este vate. Diríase que es aquí Manrique un Duque poeta escapado de un lienzo de Watteau.

Canta el poeta en una de estas composiciones:

«Muchachita gentil que llevas un tesoro  
en tus bellas pupilas y en tus crenchas de oro,  
tal vez hayas soñado que un lindo trovador  
al compás de las notas de su laud sonoro  
te envolviera en el ritmo de una canción de amor».

La alabanza discreta pule estrofas como la que sigue:

«Yo supe de qué modó la Ciencia te asimilas  
y como de tus labios el purpurino broche  
de la palabra hacían un musical derroche,  
en tanto subrayaban de las horas tranquilas  
el sosiego, atrayentes, cual faros en la noche  
los puntos luminosos de tus negras pupilas.»

Pero donde «el sentido de galantería» llega a la más acabada concreción, es en el soneto «Tu risa», escrito en el album de María de San Ginés. Soneto en el que se exhibe un supremo gesto de elegancia, elegancia a lo Alberto Hidalgo, en «Rendición». Ningún poe-

ta canario ha superado este gesto de galantería. Gracia, plasticidad, metáfora, ritmo impecable, todo esto resplandece en los catorce diamantes de «Tu risa». Rubén Darío hubiera podido poner al pie de este soneto su nombre. «Tu risa», es una obra maestra; aquellos catorce topacios de versos de musicales hemistiquios, modelo de técnica poética, pueden servir de paradigma en el «Arte Métrica» más exigente. Allí resplandece la elegancia, la naturalidad y la armonía con que está ataviada la obra del poeta. Sobre todo, la armonía, que era su preocupación de artista, su sueño azul. ¡Divina armonía!, con que se embriagó Paul Verlaine; divina armonía, en la que se envolvió como en un manto imperial la augusta figura de Rubén Darío; divina armonía, que tanto amaron todos los dioses de la lírica.

Como un zafiro quiero engarzar aquí el soneto maravilloso «Tu risa»:

«Tu risa, bajo el negro palio de tu melena  
es cual cantar de alondra, que, de la luz avara  
entre nimbos astrales y alburas de azucena  
en estrofas de oro sus notas desgranara.  
Cuando ríes y tiemblan las rosas de tu cara  
y en diamantes se tornan tus ojos de agarena,

parece que el espacio de claridad se llena,  
es como si a tu rostro la gloria se asomara.  
Tu risa: ¡Cuántas veces mi espíritu la evoca!  
Festín de maravillas con luz de madrigales,  
orgía de embelñosos, perturbadora y loca;  
y osados, tentadores, divinos y triunfales  
tus blancos dientes como diminutos puñales  
prendidos en el rojo milagro de tu boca.»

No acaban aquí, en esta última poesía, las finuras y maravillas de este delicado poeta.

Manrique plasmó, además, un magistral soneto de valor universal, cantando a la excelsa e inmortal novia de Dante Alighieri, mujer pura, que es el eje de diamante de «La Divina Comedia». Es acaso una de las mejores poesías acerca del tema. Se titula el soneto «Beatriz de Portinari». Es el siguiente:

Angel, diosa o mujer, tan bella era,  
que sólo imaginárla es vano empeño.  
¿Fué la dichosa realidad de un sueño  
o la dulce visión de una quimera?

¿Calcó el Divino Orfebre la severa  
línea de su cuerpo en el diseño  
del dios Amor, o acaso fué el risueño  
espejismo de un sol de primavera?

Tal hermosura el cielo darle quiso,  
tal secreta atracción a su semblante,  
que viviendo por ella vivió el Dante,

y para aquel amor le fué preciso  
poner juntos Infierno y Paraíso,  
porque una eternidad no era bastante.

Sobre el tesoro musical y emotivo de la obra poética de Domingo J. Manrique, yo pondría como colofón, estas palabras de Croce:

«Cuando hay emoción y sentimiento pueden perdonarse muchas cosas; cuando faltan, no hay nada que pueda compensarlos. Todos los otros méritos no pueden salvar una obra de arte».

×

Cantor de la tierra canaria: Por artista y caballero, por ser flor de patricios y gala de poetas; porque supiste cantar en versos que saben a gloria las ternezas del «Arrorró»; por la regia galanura y la música astral de tus versos, recoge el homenaje de estas rosas votivas que con emoción he cortado en mi lírico jardín; acepta la ofrenda de estos poetas que han venido a decirte los salmos de sus estrofas. Cantor glorioso de la tierra mía: ¡salve!

# El Mencey de Abona



## A mi amigo Rogelio Francés.

Dulcē amigo: si el rēcuērdō  
de mis adoradas peñas  
vivē aún en tu memoria,  
si cuando piensas en ellas  
olvidas tus desventuras  
para ensalzar sus bellezas;  
si el espejo de tu alma  
generosa, noble y buena,  
depurada en los crisoles  
del Amor y de la Ciencia,  
alguna vez reproduce  
las imágenēs risueñas  
de aquellas horas felices,  
de puros deleites llenas,  
en que vagábamos juntos

recorriendo sus florestas;  
si percibes las sinuosas  
curvas de sus carreteras,  
festionadas de jacintos  
y de follaje cubiertas,  
y ves la casita blanca  
entre rosales envuelta,  
tranquilo rincón que ofrece  
al pecho un alto en la pena,  
y dentro, a la campesina,  
como sus rosales, bella,  
que en sus manos, ruborosa  
y solícita te acerca  
al «cangilón» transparente  
donde el vermouth centellea,  
el vermouth, dulce y amargo  
como nuestra vida entera,  
que es alegría en el alma  
y ardiente savia en las venas;  
y subes a las rocosas  
cumbres de las altas sierras,  
donde, al tender la mirada,  
las maravillas te ciegan,  
y buscas la unión del cielo  
con el mar y no la encuentras,  
que son mar y cielo juntos  
una colosal turquesa;  
y por sobre los cantiles

que limitan mar y tierra,  
en arroyos de esmeralda  
ves desbordarse las vegas;  
y allá, en la hondura, las playas  
donde las olas se encrespan  
o se tienden, perezosas,  
sobre las rubias arenas;  
y acá, las montañas fértiles  
cuyas cúspides ostentan  
el oro que los crepúsculos  
han ido dejando en ellas,  
y los profundos barrancos  
que, como heridas inmensas,  
entre el revuelto bosque  
abren sus bocas siniestras;  
y los valles aromosos,  
como nidos entre breñas,  
donde la luz canta y ríe  
y en mil cambiantes se quiebra,  
en cuyas tupidas frondas  
y claras y alegres sendas,  
pájaros y flores viven  
en constante primavera,  
donde hay música de esquilas  
y tierno balar de ovejas,  
donde, a la plácida sombra  
de naranjos y palmeras,  
como sultanas de ensueño

se réclinan las aldeas...

... ..  
En gracia a tales recuerdos  
y para honor del poeta,  
sé benévolo y acoge,  
con un abrazo, esta ofrenda,  
que es una pálida nota  
de la vida guanchinesa,  
vida patriarcal y santa,  
paradisiaco poema  
que en estas rocas de Atlante  
cantó la Naturaleza  
y que en la ruta del tiempo  
dejó su límpida estela.  
Para consagrar su culto,  
altares son estas peñas,  
altares en donde oficia  
nuestro viejo centinela,  
el Teide, que hacia los cielos  
eucarístico se eleva  
entre blancuras de nieve  
y resplandores de estrellas,  
y clama el «¡Gloria in excelsis!»  
tejiendo a sus plantas regias,  
bajo doseles de pinos,  
incensarios de azucenas.

# El Mencey de Abona

De aquel Mencey Adjoña que reinó en los estados  
de Abona, cuando fueron campos afortunados  
las Canarias, del guancho que la Historia nos cita  
como un príncipe obscuro, sé yo de una exquisita  
leyenda cuyo espíritu sintetiza y enlaza  
la bondad, la hidalguía y el valor de una raza;  
una de esas leyendas que en el solar isleño  
son como mariposas aladas del risueño  
jardín de las Hespérides; brisas de aquel perdido  
paraíso, impregnadas de sosiego y de olvido  
plácidos a que el alma con avidez se entrega;  
de ese algo inexpresable que hasta nosotros llega  
como de un sol extinto los últimos reflejos,  
como un perfume santo que viene desde lejos.

... ..  
... ..

Y sucedió que un día, inopinadamente, un pobre pastorcillo de aquel reino, imprudente, mató a uno de los canes más fieles y estimados que del Mencey de Adeje guardaba los ganados, y como aquellos guanches, de costumbres austeras, y sanas, se regían por leyes muy severas y en absoluto libres de prevaricaciones, que siempre se cumplían sin más apelaciones, tuvo el pastor de Abona la desgraciada suerte de que el Mencey de Adeje le condenara a muerte. Era cosa sabida que en ocasiones tales tenían los Menceyes rasgos originales, y éste de nuestra historia, al dictar la sentencia que al pastor condenaba, tal vez de la clemencia escuchando la voz, que el alma compasiva ante el negro infortunio jamás se muestra esquiva, o por hacer un uso prudente y justiciero de sus atribuciones de Monarca y guerrero que espera en sus vasallos hallar a un tiempo mis-

(mo

agilidad, valor, nobleza y heroísmo, hizo anunciar que el reo sería perdonado siempre que hubiera un guanche tan diestro y ab-

(negado

que al llegar el momento fatal para el pastor

en peligroso lance fuera su salvador;  
y observando, sin duda, las normas de la Ley,  
la manera de hacerlo explicaba el Mencey:  
puesto a cuarenta pasos del pastor, que tendría  
en la cabeza un gánigo, hacer tal puntería  
que sin errar cayeran, consecutivamente,  
diez «támaras» de palma dentro del recipiente  
y el defensor al reo debía reemplazar  
si en la temible empresa llegaba a fracasar.

### III

Y llegó el día aciago. Al Tagóror, en pleno,  
acudió la nobleza; reposado y sereno  
el Mencey ocupaba su sitial de granito  
en la extensa planicie, abierta al infinito;  
El Consejo y los Príncipes, según sus jerarquías  
y su rango, llenaban las amplias graderías;  
dando guardia de honor a las reales personas  
estaban los sigönes armados de tabonas,  
y en torno, la compacta multitud impaciente  
que espera el desenlace con ansiedad creciente,  
sobre los verdes juncos, poleos y retamas  
que tapizan el suelo, formando con sus ranias  
una red caprichosa de floridos mosaicos,  
destácanse movibles las fimbrias de los háicos

- en vigoroso arranque de línea y de color;  
el Tagóror parece una magnolia en flor.  
En púdicos tamargos ocultan las doncellas  
la pompa de sus carnes divinamente bellas  
y en sus rostros trigueños se encienden sus miradas  
como reminiscencias de noches estrelladas.  
El día es todo luz, el paisaje, un encanto;  
lejanías azules con franjas de amaranto;  
junto a las suaves lomas, las montañas hirsutas  
tendiendo en los abismos las rampas de sus grutas;  
palmeras que recortan sobre un cielo ideal  
sus gallardas siluetas de altivez oriental;  
precipicios cubiertos de floridos zarzales;  
bosques enmarañados, frescor de manantiales;  
nubes que se desgarran y en las simas sepultan  
sus fragmentos de armiño que ruedan y se ocultan  
tras el polvo de oro que avientan los rebafios;  
valles donde resuenan mil sonidos extraños;  
blancas gaviotas que abren en fondos de arrebol  
los palios de sus alas a la gloria del sol;  
el gigantesco Teide que surge entre las brumas  
y el mar que pone al cuadro cinturones de espumas.

#### IV

Qual náufrago que aguarda su postrimera hora  
sin ver en torno suyo la tabla salvadora,  
pálido y abatido, con la mirada errante,

se presenta el pastor; nadie en aquel instante creía que existiera ningún hombre capaz de salvar de la muerte al incauto rapaz; tan dura era la prueba para alcanzar la gracia que afrontarla sería una sublime audacia. Deslizábase el tiempo y el fallo inexorable preciso era cumplir; nublaban el afable rostro del Soberano el temor y la angustia; la esperanza moría como una rosa mustia; llenábanse los pechos de una inquietud secreta ya algunos ocultaban la lágrima indiscreta; mas, de pronto, rompiendo el círculo formado por la apiñada gente, llega precipitado al Tagóror un guanche en traje de pastor. Hallábase cubierto de polvo y de sudor, señales de una larga y agitada carrera, el háico desceñido, suelta la cabellera; reservaba el incógnito: su enérgico semblante recatábase a medias tras el pelo ondulado de una barba supuesta; su mirar expresivo y su porte, emanaban ese orgullo nativo y ese caudal ingénito de noble bizzarria que despierta en las almas respeto y simpatía; sus miembros asomando bajo la urdimbre ruda del plebeyo sayal, causaban una muda admiración: el busto delicado y esbelto, las curvas vigorosas, el ademán resuelto, era todo un hermoso y aguerrido doncel,

una escultura griega envuelta en tosca piel,  
Al Mencey y al Consejo saludó reverente,  
después sobre el pastor puso solemnemente  
su mano y exclamó: —«¡Yo vengo a su defensa!»  
y fué aquel un instante de expectación inmensa;  
el público, al oírle, sintióse emocionado;  
que si antes se dolía del pastor sentenciado  
por creer imposible su salvación, ahora,  
tal vez con una pena más desconsoladora,  
lamentaba el destino de aquella criatura  
excelsa que marchaba a una muerte segura,  
de aquel hombre de espíritu magnánimo y gigante  
que entregaba su vida por la de un semejante.

## V

Púsose el frágil gánigo al reo en la cabeza,  
contáronse los pasos, el defensor empieza:  
silba la honda y abre círculos en el viento;  
tras una pausa breve, un impulso violento,  
y despide la támara que hasta una altura fija  
llega para caer rápida en la vacija.  
Y en medio de su asombro, la multitud extática  
pudo ver que con una precisión matemática,  
seguan igual suerte las támaras restantes.  
Una explosión de gritos y aplausos delirantes

acogió la victoria del bravo tirador;  
mas, he aquí que llega a colmo el estupor  
de aquellos guanches cuando, quitándose el disfraz,  
el héroe les muestra descubierta la faz,  
de sorpresa, de orgullo, del vivo sentimiento  
patrio, la muchedumbre sintió el sacudimiento;  
unánimes los labios pronunciaron un nombre:  
¡Adjoña! ¡Adjoña! ¡El Príncipe! ¡Adjoña! él era el  
(hombre

que realizó el prodigio, él era, el poderoso  
Mencey de Abona, el príncipe valiente y generoso  
en quien su pueblo hallaba, a más del Soberano,  
al consejero amigo, al padre o al hermano.

¿Y qué pluma podría narrar aquella escena  
de ternura y de amor intensamente llena?

Tendió el Mencey de Adeje al de Abona los brazos,  
que a los dos les unían de la sangre los lazos  
y el augusto ejercicio de las bellas acciones  
fundía en uno solo sus nobles corazones.

El Consejo y los Príncipes, hacia tierra inclinados,  
en prueba de homenaje cruzaban sus magados  
con arreglo a las fórmulas de su breve y sencillo  
ceremonial, en tanto, el joven pastorcillo,  
viendo a su salvador, a su Rey y a su dueño,  
como si despertara de un pavoroso sueño,  
bañadas por el llanto las trémulas mejillas,  
como a un dios le adoraba postrado de rodillas.

... ..

El magnánimo Adjoña, por todos aclamado,  
en brazos de los guanches de Adeje, fué llevado  
a su reino, entre palmas y vítores y honores,  
el camino, a su paso, sembrándole de flores,  
y al saber la noticia de tan extraordinaria  
aventura, los Reyes del resto de Nivaria,  
de los hechos heroicos idólatras fervientes,  
al de Abona enviaron los más ricos presentes,  
en riquísimas huirmas, en frutos, en curtidos,  
y en lanzas y banotes finamente pulidos,  
celebrando el suceso, además, los Monarcas,  
con fiestas suntuosas en todas las comarcas:

... ..  
Y de aquel bello príncipe que nos pinta la Historia  
como un Mencey obscuro, sin honor y sin gloria,  
terminó la leyenda. Guardaba este tesoro  
la tradición piadosa en su libro de oro.

# Canto a Agüere

El sosiego, el lugar apacible, la  
amenidad de los campos, la sereni-  
dad de los cielos, el murmullo de  
las fuentes, la quietud del espíritu,  
son grande parte para que las mu-  
sas más estériles se muestren fe-  
cundas...

CERVANTES.

Bajo un cielo de luz esplendorosa,  
de fértil vega en la pendiente suave,  
bañada por la brisa cadenciosa,  
aparécese Aguere en quietud grave,  
cual preciado tesoro,  
sobre régio tapiz de verde y oro.

Es el amanecer: los resplandores  
del sol de la mañana,

estallan en torrentes de colores  
al herir su campiña soberana,  
mostrándosele al alma de improviso,  
como trasunto fiel del paraíso.

La sierra que domina el panorama,  
medio envuelta en las nieblas transparentes,  
que el aire desparrama  
como un inmenso tul por sus vertientes,  
eleva allá sus crestas de granito  
por la ignota región del infinito.

Y abajo, en la llanura,  
la ciudad que indolente se despierta,  
recatando su nítida blancura  
con la espesa arboleda mal cubierta,  
y extiende entre el ramaje sus tejados  
por el rocío matinal bañados.

Acá sombrean las risueñas lomas,  
los brezos y rosales confundidos,  
entre cuya espesura las palomas  
abandonan sus nidos  
para cantar su amor y su alegría  
bañándose en la luz del claro día.

Lucen allá los aromados huertos  
con sus palmeras de gallardo talle

y sus naranjos de azahar cubiertos,  
y en simétricas franjas, por el valle,  
los trigales dorados  
por lindes de amapolas separados.

La rica vid verdea en los oteros,  
y enjambres de pintadas mariposas  
desbórdanse por calles y senderos,  
como lluvia de rosas  
por invisibles manos arrojada  
en los brazos del aura embalsamada.

Cuanto en contorno abarca la pupila  
todo es encanto y luz, sombra y matices;  
resbala por la atmósfera tranquila,  
con transparencias grises,  
el humo que se eleva en los hogares,  
como nubes de incienso en los altares.

Y arriba, en el espacio,  
jirones de celajes vaporosos  
con tonos de carmín y de topacio  
se agrupan perezosos,  
como flotantes velos  
suspendidos por gala entre dos cielos.

Más allá... el mar azul, cuyo horizontē  
en blanca gradación se desvanece;

de un monte al otro monte  
su lejano rumor llega y decrece,  
como si se adormiera su oleaje  
en la infinita calma del paisaje.

... ..  
Allí está, sin rival; del ancho seno  
del que fué en otros tiempos lago umbroso,  
cuyo cristal sereno  
sirvió de espejo al guanche valeroso,  
y a cuya agreste orilla los Menceyes  
proclamaron sus dogmas y sus leyes,

surgió Agüere feliz, valle envidiable,  
aromado vergel, fresco y florido,  
rincón incomparable  
que atesora el Atlántico, escondido  
en el suelo nivario:  
brillante perla del edén canario.

Hasta el altivo Teide, ese coloso  
que de lejos admira el navegante,  
sublime y majestuoso,  
eleva allá su mole y, palpitante,  
para verla a sus anchas, se abre paso  
por cima de las brumas del Ocaso.

# Otras poesías

## PLAZA DEL ADELANTADO

Plaza de mis amores, tranquila y perfumada,  
todo en tí me seduce, todo en tí es atrayente:  
tus árboles altivos, tus jardines, tu fuente...  
y hasta el vetusto marco donde estás asentada,

En tu recinto plácido, de evocador ambiente,  
el alma, de tus límpidos efluvios saturada,  
se abisma en los recuerdos de la dicha pasada  
para olvidar la triste realidad del presente,

Rincón de mis sosiegos, plaza de mis amores,  
igual que yo te aman los pájaros cantores  
que en tus frondas agitan su plumaje de raso.

Que de tu umbría sienten la suprema atracción,  
y que en las horas diáfanas y azules del ocaso  
te envuelven en un himno que es plegaria y can-  
ción.

## EL ARRORO

Guardo muchas canciones en la memoria,  
pero en el alma llevo tan sólo una:  
aquella cuyas notas suenan a gloria,  
la que cantó mi madre junto a mi cuna.

Aquella cuyas frases van impregnadas  
del cadencioso arrullo de las palomas,  
y cuyas vibraciones inmaculadas  
tienen para nosotros luces y aromas.

Arro ró de mi tierra, sencillo y blando,  
lleno de dulce y vaga melancolía,  
¡Quién no te ha oído nunca vive ignorando  
de los grandes amores la poesía.

Susurro de los valles, que lleva el viento,  
del mar o de los bosques canción lejana,

todo cuanto en mis peñas tiene un acento  
en tus notas encuentra la nota hermana.

Y se mezclan al ritmo de tus cantares  
unas veces la dicha y otras la pena:  
el murmurar alegre de los pinares  
o el gemir de las ondas sobre la arena.

Canción incomparable, toda dulzura,  
canción de mis recuerdos, tierna y vehemente,  
cada vez que te escucho se me figura  
que una ola de besos baña mi frente.

## A. MARIA MAFFIOTTE

### Para su álbum

Esta hoja que aún guarda en sus poros el suave  
aroma de tus finas manos de primavera  
y en las mías la gracia del pensamiento espera,  
una cuestión me ofrece dificultosa y grave:

Si te niego mis versos, me arredran tus enojos;  
si los hago, la triste realidad me asegura  
que jamás obtendrían la suprema ventura  
de recibir la dulce caricia de tus ojos.

Mas, al fin, una fuerza superior el dualismo  
ha roto, y sobre el terso papel, la pluma osada  
va marcando su huella, y es que al alma cansada  
la juventud la atrae como atrae el abismo.

¡Mis versos! tristes flores de Otoño que, abatidas  
en este silencioso jardín abandonado,

consuelan sus nostalgias aguardando el ansiado  
rayo de sol que encienda sus hojas ateridas.

Y así van a tí, cierto que pongo el alma en ellos  
y que a rimar se atreven con esos mil suspiros  
ignorados que acuden en presurosos giros  
a morir en la llama de tus rubios cabellos.

## YO HE CANTADO A UNOS OJOS...

Para Y. G.

Yo he cantado a unos ojos que, por mi amargo sino,  
cruzáronse en mi senda, bellos y retadores;  
yo me abrasé en la llama de sus vivos fulgores,  
y ellos desorientaron mi rumbo y mi destino.

Acaso conociendo mi sed de peregrino,  
llegaron a mi vera falaces y traidores;  
me hirieron a mansalva como dos malhechores  
y exangüe me dejaron en medio del camino.

Tus ojos, como aquellos que mi ilusión truncaron,  
en sus penumbras llevan irisaciones de oro;  
si es que buscan la presa con que, tal vez, soñaron,

a mi triste retiro ¡ay, cuán tarde llegaron!  
que un corazón tenía por único tesoro,  
un corazón que, alevés, aquellos me robaron.

## ANIVERSARIO

No sé lo que tienen los aniversarios  
que todos me apenan,  
no sé lo que tienen  
para mí sus fiestas.

Esos regocijos falaces que asocian  
al Tiempo pasado las Horas que llegan,  
penachos de espuma sobre la corriente,  
dorados jalones en movable arena,  
que al viajero marcan  
el rumbo hacia el límite de su breve senda;  
esos regocijos tan sólo consiguen  
bañar mis recuerdos, que en tropel despiertan,  
en las añoranzas de glorias perdidas,  
en el dejo amargo de angustias secretas.

La vida es un himno  
de notas dispersas  
que, juntos, entonan  
el cielo y la tierra.  
Cuando el alba ríe  
su risa de perlas,

en las mañanitas cuajadas de flores,  
de lagos azules y fuentes serenas,  
cuando, vigilante, Amor ha encendido  
su divina hoguera

y a su influjo santo maduran las pomas,  
y estallan las yemas,  
y late con ansias el río impetuoso  
de la sangre moza que hierve en las venas;  
cuando, exuberantes, rebosan del alma  
nuestras ilusiones, floridas y bellas,  
como mariposas  
que en el aire tiemblan,  
¡qué hermosa es la vida!  
¡qué hermosa y que buena!

---

Mas, viene la tarde,  
la noche se acerca,  
por esa perenne rodar de los mundos  
de que es un remedo la humana existencia;  
la luz que alumbraba  
la verde floresta,  
en cortos instantes  
tornóse en tinieblas;  
no hay aves cantoras,  
ni cielo ni estrellas:  
lagunas y montes  
y mares y selvas,  
en una infinita sucesión de abismos  
las sombras nivelan;  
y bajo el silencio  
de las horas lentas,  
ante nuestros ojos

el mundo se muestra  
sumido en la calma solemne y augusta  
de las cosas muertas.

---

Cuando pase el albor de tu vida  
y las sombras penetren en ella,  
mira, entonces, del alma hacia dentro,  
verás lo que queda:  
un rosal sin flores  
y una fuente seca.

---

Amor, ilusiones, dichas y esperanzas,  
láuros y grandezas,  
¿qué son con el tiempo?  
naves que zozobran en playas desiertas,  
faros que se apagan  
en la noche inmensa.

---

Por eso es que todos los aniversarios  
me causan tristeza,  
por eso, si llevo la copa a mis labios,  
la copa en que brindan placeres sus fiestas,  
a veces ignoro si es vino o son lágrimas  
lo que bebo en ella.

Léida en la velada del Círculo Mercantil «El Porvenir».

## LOS OJOS DE MARISA

Aquellos ojos engañadores,  
llenos de encanto, plenos de luz,  
tan amorosos como traidores,  
aquellos ojos... fueron mi cruz.

Como en las negras noches polares  
la aurora enciende su resplandor,  
y en la penumbra de los altares  
lanzan los cirios vivo fulgor,

Por insondables leyes extrañas,  
así Marisa logró tener  
bajo la sombra de sus pestañas  
dos claridades de amanecer.

Ojos serenos, graves, altivos,  
de un inquietante poder sutil;  
siempre al mirarlos tiernos o esquivos,  
enmudecía mi alma febril.

Ojos de ensueño y de leyenda,  
raro conjunto del bien y el mal:  
eran desvío y eran ofrenda,  
eran caricia y eran puñal.

Negros, profundos, grandes y bellos,  
hondos abismos de perdición.  
¡Negro y profundo, también, como ellos,  
era el martirio de mi pasión!

Cuando miraban enamorados,  
desde aquel rostro nieve y carmín,  
eran cual besos aprisionados  
en regia cárcel hecha jazmín.

¡Cómo reviven en mi memoria!  
¡Cuál me parece verlos brillar  
como una magia, como una gloria  
que abre sus puertas de par en par!

¡Cómo recuerdo la tarde aquella  
y el aromoso dulce rincón,  
en que Marisa, radiante y bella,  
Samaritana de mi ilusión,

Puestas sus manos entre las mías  
de aquellos ojos me dió a beber?  
Aquella tarde, mis alegrías,  
«cual nuevo fénix, ví renacer».

Poesías premiadas en el «Discreteo literario»  
celebrado en el Ateneo de La Laguna.

## CANTARES

No has sido mi amor primero  
y ni el último quizás;  
soy náufrago impenitente  
que no renuncia a la mar.

Los hoyuelos de tu cara  
me resultan, si los miro,  
para los ojos, dos cielos,  
para el alma dos abismos.

Alegre y dicharachera  
la encontré en un lupanar:  
hay algunas alegrías  
que dan ganas de llorar.

Yo no quiero más tesoros  
que los tesoros que tengo:  
el granate de unos labios  
y el oro de unos cabellos.

En la vida, mis cantares  
siguen mi propio destino:  
o se quedan rezagados,  
o equivocan el camino.

Laguna, Enero, 1913.

# Datos biográficos

Domingo Juan Manrique nació en la Vega de Tetir (isla de Fuerteventura). Hizo en La Laguna sus primeros estudios. Fué profesor del Instituto de dicha Ciudad desde el 8 de abril de 1902. Hizo oposiciones en Madrid a cátedras de Caligrafía, obteniendo alta calificación, en los meses de marzo a Julio de 1904. A este propósito dijo un periódico de la Corte, encomiando su labor: «Como trabajador inteligente vino a las oposiciones para las plazas de Caligrafía en Institutos de Segunda Enseñanza. Fueron reñidísimas. Únicamente los que en Madrid estamos podemos conocer lo empeñadas que han sido. Manrique luchó con personas que tenían una sólida reputación, que se conceptuaban como inimitables calígrafos, y Manrique venció. De Catedrático va al Instituto de Canarias, no sa-

biendo, por lo tanto, si felicitar con más entusiasmo a él, al Claustro o a los alumnos.»

Por aquel tiempo, otro inolvidable y malogrado canario, don José Wangüemert, refiriéndose a nuestro biografiado, publicó este elogio:

«Sus trabajos a pluma, sancionados por la crítica y considerados como joyas del arte caligráfico, son numerosos.»

Obtuvo las siguientes distinciones por sus trabajos en verso: Premio en el Certamen literario celebrado en La Laguna en 28 de octubre de 1900, por su composición titulada «Aguere»; Primer Premio en los Juegos Florales organizados por el Ateneo de La Laguna, y celebrados el 13 de septiembre de 1908, por su bella composición titulada «Patria»; Primer Premio en el Certamen literario celebrado en el mismo Ateneo el 29 de abril de 1918, por su trabajo titulado «Los ojos de Marisa» (pie forzado); Flor Natural y Diploma de Honor en los Juegos Florales organizados por la Real Sociedad de Damas de Valverde, y celebrados en aquella capital el 12 de Junio de 1921, por su tríptico de sonetos: «Fe, Esperanza y Caridad».